

— ¿Qué estais diciendo? exclamó el rey dando un grito que hubiera podido despertar á un muerto.

— No se altere vuestra magestad, respondió el marques, fingiendo querer reparar el daño que sus palabras habian producido. Es natural que un loco haga locuras.

— No despleguéis los labios, dijo el rey, saltando de la cama, y echando al suelo con increíble prontitud la ropa que le cubria. Marques, no me repliqueis. Sir Tomas, te prohibo hasta la respiracion. Quien ose articular una palabra no es amigo de Ricardo Plantagenet. Hakim, silencio.

En tanto que se explicaba en estos términos, se vestia precipitadamente, y al terminar la arenga, descolgó la espada de la cabecera, y sin otra arma, y sin decir á nadie que le siguiese, salió con pasos agitados fuera de la tienda. Conrado, alzando las manos, en señal de espanto, quiso entrar en conversacion con sir Tomas, mas este, empujándole desdeñosamente, llamó á uno de los gentileshombres de la servidumbre, y le

dijo: — Corred á los cuarteles de milord Salisbury; decidle que conyoque á su gente, y que me siga al monte de San Jorge. Poned tambien en su noticia que la fiebre del rey no está en la sangre, sino en el cerebro.

El gentilhombre, y los otros empleados de la servidumbre que acudieron al ruido, no pudieron entender lo que sir Tomas les decia; pero bien adivinaron que habia ocurrido algun suceso de importancia, y echaron á correr por en medio de las tiendas de los Ingleses, esparciendo por do quiera el terror y la confusion, aunque sin poder indicar el motivo. Los soldados yacian entregados al sueño de la siesta, á que los rigores del clima les habian acostumbrado; alzáronse sobresaltados, preguntándose unos á otros la causa de aquel tumulto; mas la impaciencia, como sucede en casos semejantes, se oponia á la averiguacion de la verdad, y la imaginacion de cada cual suplía la falta de esta. Quien decia que los Sarracenos se habian introducido en el campo; quien, que la vida del rey estaba en peligro; unos, que

Ricardo habia muerto de su enfermedad la noche anterior; otros, que habia perecido á manos del archiduque de Austria. Los nobles y oficiales, no menos inciertos que la tropa, de la realidad del caso, procuraban reunir sus tercios, ordenarlos y apercibirlos, temiendo que su celo inconsiderado aumentase el trastorno que por todas partes cundia. Cruzábanse los ecos de los clarines; repetíanse de tienda en tienda, y de cuartel en cuartel los gritos de á las armas, á las armas; y los que ya habian acudido armados á sus puestos, y aguardaban tan solo la orden de atacar, repetian la invocacion nacional: «San Jorge por Inglaterra.»

En breve todo el campamento del ejército de la cruzada fué una vasta escena de terror y de confusion. Habia en él gentes de todos los reinos y estados de Europa, y cada cual se agregó á sus compañeros, ya para indagar el motivo del alarma, ya para correr adonde amenazaba el peligro. El polvo, la gritería, los relinchos de los caballos, el estruendo de los instrumentos bélicos aumentaban el

desconcierto general, é impedian que se oyese la voz de los caudillos. En medio de esta agitacion, el duque de Salisbury, conociendo por la orden que le habia comunicado el baron, que las circunstancias eran graves y urgentes, se puso á la cabeza de los primeros Ingleses que acudieron á su pabellon, y dió prontas y eficaces providencias para que todo el ejército ingles se mantuviese armado en su puesto, y pronto á obedecer al primer aviso. «Todos correremos, dijo, si la seguridad de Ricardo lo exige; pero en orden y con subordinacion. Moderad vuestro celo, y no os dejéis arrastrar por su impulso.»

Entre tanto, y sin que le detuviesen los obstáculos que el desorden de las tropas le oponia, Ricardo, á medio vestir, y con el acero envainado en la mano derecha, se dejaba atrás al baron de Vaux, y á uno ó dos individuos de la servidumbre, encaminándose aceleradamente al monte de San Jorge.

De este modo atravesó los cuarteles de sus gallardas tropas normandas y borgoñe-

sas, á las cuales no habia llegado todavia el alboroto, aunque muchos de aquellos soldados habian oido los gritos de los Austriacos, y ya estaban en pie, llamando á los otros. Los Escoceses reposaban tranquilos en sus tiendas; pero sir Kenneth vió al rey, y conoció que no era cosa de poca importancia la que ocurría; por lo que, sin detenerse á mas que á tomar el broquel y la espada, corrió á juntarse con el baron, que le respondió encogiéndose de hombros, á la inquieta mirada que le dirigiera, como si no osara preguntar de otro modo la causa de tanta novedad. Los dos llegaron al monte, cuando se hallaba en él Ricardo.

El monte y sus cercanías hormigueaban en gentes de diversos trages y naciones, confundidamente esparcidas en la plataforma y en sus declives. Los Austriacos, y particularmente los que habian asistido á su banquete, prolongaban con férreos pulmones el clamoreo que en ellos excitaba parte el vapor del vino, parte la humillacion de un enemigo poderoso. A ellos se habian agregado otros sol-

dados de diferentes tercios y banderas, algunos por curiosidad, y no pocos porque aborrecian á los Ingleses y á su monarca, y se deleitaban en ser testigos de la afrenta que la nacion entera acababa de recibir. Ricardo penetró denodadamente por aquel gentío, como la ligera nave que corta rápida y derecha las olas, á guisa de quien se burla de su furor, y no se cura de que se reunan despues sus rugientes espumas, en el surco que ha trazado la quilla.

En la cima de la eminencia habia un reducido llano, en que estaban colocadas las dos insignias, rodeadas de Leopoldo, y de los principales personajes de su acompañamiento. El archiduque ocupaba el centro, contemplando con orgullosa satisfaccion el triunfo de su estandarte, y oyendo, con sonrisa en los labios, los estrepitosos aplausos que no cesaban de repetir los suyos. Ricardo se presentó inesperadamente ante sus ojos, seguido tan solo de dos hombres, pero lleno de confianza en su fuerza y en su valor.

— ¿Quién ha osado, preguntó, poniendo la mano en el asta de la bandera austriaca, y en voz semejante al sordo rumor que precede á la erupcion de un volcan: ¿quién ha osado colocar ese andrajo junto á mi bandera?

El archiduque no carecia de valor personal, y era incapaz de callar á tan grave nuestro. Sin embargo, de tal modo le sorprendió la repentina aparicion de su enemigo, y tal era la impresion que excitaba donde quiera Ricardo, y la fama de su arrojo y de su valentía, que este repitió dos veces su pregunta en ademan de buscar con la vista un enemigo digno de su brazo, antes que el archiduque, recobrándose en parte de su primera agitacion, pudiese contestarle: — Yo he sido: yo, Leopoldo de Austria.

— Leopoldo de Austria, dijo el monarca, atiende y verás el caso que hace de tu bandera y de tu vanidad Ricardo de Inglaterra.

Y dicho esto, arrancó el asta del suelo, la hizo pedazos, arrojó la bandera, y puso sobre ella un pie.

— Asi trato, continuó, los timbres de tu casa. ¿Hay alguien en la caballería teutónica que se atreva á impedírmelo?

Todos los concurrentes enmudecieron; pero no hay hombres mas valientes en el mundo que los Alemanes.

— Yo, yo, yo, repitieron cien voces unidas. Yo, clamaron á un mismo tiempo los caballeros austriacos que se hallaban al lado de Leopoldo. Yo, dijo tambien el archiduque, en ademan de aceptar el reto.

— ¿Qué prestan dilaciones y desafíos? dijo el conde Wallenrode, uno de los mas corpulentos adalides de Hungría. Hermanos y nobles caballeros, las plantas de ese hombre estan hollando nuestro honor. Borremos esta mancha, y aniquilemos el orgullo de Inglaterra.

Y al decir estas palabras sacó el acero, y descargó sobre el rey un tajo, que hubiera puesto en riesgo su vida á no haberlo recibido en su broquel el caballero del Leopardo.

— He jurado, dijo el rey, no deseuvainar

el acero contra ningun caballero que lleve al pecho le señal de la cruz. Déjote vivir, Wallenrode, añadió esforzando la voz, y sacándola por entre los gritos que por todas partes resonaban : pero vive para no olvidar jamas, aunque cien años vivas, quien es y lo que puede Ricardo de Inglaterra.

Era Ricardo tan diestro en toda clase de ejercicios, como vigoroso en sus golpes, y flexible en sus movimientos. No bien habia terminado las últimas palabras, cuando echándole mano al Húngaro, lo empujó con tanta violencia, que en despecho de la turba que le rodeaba, le tiró por la plataforma abajo, á manera de risco que se desgaja del monte y cae rodando á la llanura. El abultado Wallenrode, incapaz de resistir aquel impetu, se vió muy en breve al pie de la elevacion, casi sin sentido y con mas de un hueso dislocado: Esta pronta y terrible venganza dejó tan atónitos como intimidados al archiduque, y todos los que le acompañaban. Entre tanto crecian las vociferaciones de los concurrentes. Los que estaban mas lejos

de Ricardo, gritaban furiosamente : Hagamos añicos á ese perro isleño, mientras los que habian sido testigos de la aventura de Wallenrode, disimulando sus recelos, y cubriéndolos con la máscara de la moderacion, exclamaban : « Paz, ilustres príncipes; la paz de la cruz; la paz del santo padre; la paz de nuestra madre la Iglesia. »

Esta diferencia de clamores indicaba suficientemente la irresolucion de los amigos del archiduque. Ricardo permaneció inmóvil, fija la robusta planta en la abatida bandera archiducal. Sus miradas giraban en torno, tan animadas por el furor y la sed de venganza, que los caballeros austriacos, acostumbrados á arrostrar las lanzas sarracenas, ni osaban andar un paso, ni fijar los ojos en tan formidable enemigo. Sir Tomas y el del Leopardo estaban detras del rey, y aunque no habian desnudado los aceros, la actitud de uno y otro indicaba cuan poco tardarian en esgrimirla si peligraba la vida de su dueño, y cuan arriesgado era arrostrar enemigos de aquel talante.

Salisbury y su tercio se habian aproximado al monte. Los unos apercibian los arcos; los otros empuñaban con mano firme las partesanas.

En esta coyuntura, el rey Felipe de Francia, acompañado por uno ó dos caballeros de su corte, llegó á la plataforma para saber la causa de aquel disturbio, y no quedó poco sorprendido al ver al rey de Inglaterra, á quien creia postrado en su cama, mirando con altanería al archiduque, y amenazándole con su postura. Ricardo pareció algun tanto avergonzado de que Felipe le descubriese en una situacion tan poco digna de un rey y de un cruzado. Aunque no gustaba de la persona del rey de Francia, dábale todo el crédito que su sagacidad merecia, y aun hay quien dice que al verse en presencia de Felipe, retiró el pie de la bandera, y procuró moderar la violencia que en sus ojos y movimientos estallaba. Leopoldo contuvo igualmente los ímpetus de su despecho, aunque le fué en gran manera vergonzoso que Felipe hubiera venido á ser testigo de su vilipendio.

Las prendas que lucian en el carácter de este monarca le habian grangeado el título de Augusto, que le daban sus vasallos, y que le ha conservado la historia. Si Ricardo podia ser apellidado el Aquiles, Felipe merecia el título del Ulises de la cruzada. Era sagaz y diestro en su política; cuerdo y moderado en los consejos; firme y tranquilo en sus resoluciones; su inteligencia era perspicaz; su valor acreditado; su porte noble y magestuoso; infatigables sus esfuerzos cuando se proponia por objeto el bien de sus estados; mas el conjunto de sus perfecciones era mas análogo al negociador que al héroe, y mas seguros eran sus triunfos en el gabinete que en el campo de batalla. Nunca hubiera tomado parte en la guerra de Tierra Santa, si solo hubiese dado oídos á sus propias inclinaciones: pero arrastróle el torrente de la opinion, y tuvo que ceder al unánime deseo de los nobles de su reino, y á los preceptos de la corte de Roma. A haber nacido en un siglo mas culto, ó en una situacion menos elevada, su fama hubiera eclipsado la de Ri-

cardo de Inglaterra; pero en las épocas de la edad media, y especialmente cuando se propagó en Europa, á manera de contagio, el espíritu de venganza, inspirado por las exhortaciones de l ermitaño Pedro, el ingenio, la sensatez, la razon, eran prendas que gozaban de poca estima, y el valor caballescresco que las costumbres públicas y la índole de aquellas empresas habian colocado sobre todas las perfecciones de que el hombre es susceptible, se empañaba y desmerecia cuando se le juntaba alguna leve sombra de discrecion. El mérito de Felipe, comparado con el de su altanero antagonista, era como el reflejo de la lámpara junto al de la hoguera; la cual, sin ser tan útil como aquella, brilla mas y deslumbra. Felipe observaba la inferioridad de su reputacion y el triunfo de su rival, con el sentimiento que debe producir semejante comparacion en todo corazon altivo; mas por lo mismo habia resuelto aprovecharse de cuantas ocasiones se le ofreciesen par humillar á quien le oscurecia, y despojar de sus laureles á quien habia mar-

chitado los suyos. La que en aquella disputa se presentaba era una de las que dan toda la ventaja á la sangre fria y á la prudencia, sobre la impetuosa violencia y la obstinacion.

— ¿Qué significa esta querella entre dos guerreros de la cruz? preguntó Felipe. ¡La real magestad de Inglaterra y el muy noble príncipe archiduque Leopoldo! ¡Dos gefes, dos columnas de la santa expedicion!

— Suspende tus reconvencciones, dijo Ricardo, mas y mas encolerizado, al verse puesto en la misma línea y clase que Leopoldo: ese duque ó príncipe, ó columna, ó como quieras llamarle, ha recibido el castigo de su insolencia. No ha habido mas,

— Magestad de Francia, dijo el duque, apelo á tu autoridad y á la de todos los príncipes cristianos que en el campamento de la cruzada se hallan, contra el ultraje que mi dignidad ha recibido. Ese rey de Inglaterra ha arrancado mi bandera, la ha hollado y destruido.

— Porque tuvo la audacia de plantarla junto á la mia, respondió Corazon de Leon.

— Mi clase me autoriza á ello, contestó Leopoldo.

— Si quieres ser mi igual, respondió Ricardo, pruébalo con tu persona, y por san Jorge, que la trataré como á ese pañuelo bordado.

— Reportaos, hermano, dijo Felipe, y yo haré ver á Austria que no es cuerdo su designio. No penseis, noble archiduque, continuó dirigiendo la palabra á Leopoldo, que los soberanos independientes que hoy peleamos juntos en defensa del sepulcro, nos reconocemos inferiores ni subordinados en manera alguna á Ricardo, ni esto debe inferirse del alto puesto en que hemos permitido que tremole su estandarte. La oriflama, la gran bandera de Francia á la cual Ricardo debe acatamiento, á fuer de vasallo de nuestra corona, ocupa en estos reales un lugar inferior á los leones de Inglaterra. Los reyes y príncipes de la cruzada han jurado por la cruz, ser hermanos y amigos, y, como peregrinos armados, no se curan de las pompas y dignidades humanas, y solo se emplean

en rescatar de manos de infieles el sepulcro del Salvador. Yo y los otros príncipes hemos consentido, en atencion á la justa nombradía y altas proezas de Ricardo, en cederle esta preeminencia, que en otra ocasion, y por cualquier otro respeto, nunca hubiera conseguido. Estoy persuadido de que cuando esto considereis, confesaréis vuestro error en colocar el pendon de Austria al lado del de Inglaterra, y que la real magestad de Inglaterra no tardará en daros satisfaccion por el insulto que de sus manos habeis recibido.

El orador y el bufon de la corte de Leopoldo se habian puesto en salvo, mientras creyeron que aquella rencilla debia terminar en golpes; mas cuando vieron que las voces eran las únicas armas de que se servian los contrincantes, se aproximaron poco á poco, sin que los amedrentase aquella especie de guerra en que eran tan hábiles soldados.

El discurso de Felipe fué tan á gusto del decidior, que no pudo contener su aplauso; y agitando el símbolo de su oficio, y olvidando que se hallaba en presencia de dos

monarcas poderosos, dijo en alta voz que jamas habian salido de sus labios palabras tan discretas como las del rey de Francia.

— Asi podrá ser, le dijo cautelosamente el de los cascabeles, pero te advireto que nos van á dar azotes si hacemos tanto ruido.

El duque respondió con prontitud que aquella disputa solo podia cortarse por la autoridad del consejo de la cruzada, á cuya proposicion condescendió gustosamente Felipe, diciendo que de aquel modo podria ahogarse en su origen lo que seria parte á escandalizar la cristiandad entera.

Ricardo oyó con paciencia la arenga de Felipe conservando entre tanto su aspecto firme y decidido. Su respuesta, no tan elocuente como las frases del monarca frances, resonó en todos los ámbitos del campamento.

— Mi salud, dijo, no me permite perder el tiempo en palabras, y ya sabes, hermano, puesto que mi carácter te es conocido, que gusto mas de hechos que de retóricas. Ultrajes que tan de cerca tocan al honor de Inglaterra, no se someten á consejos de prínci-

pes ni de papas. Aquí está mi bandera: cualquiera otra que se plante á tres lanzas de distancia, será muy en breve despojo de mis iras, aunque fuera ese oriflama de que has hablado; y en cuanto á satisfaccion, nadie aguarda otra de mí que la que puede dar mi acero; sea quien fuere el retador, y aunque vengan cinco, que no uno solo.

— Esta sí, dijo el bufon á su compañero, que es locura de marca mayor. No hubiera yo dicho otro tanto: mas presumo que no es Ricardo el mas desatinado loco de los presentes.

— ¿Pues quién? preguntó el de las sentencias.

— Felipe, respondió el bufon, ó nuestro real duque, si tan necios son que acepten el duelo. ¿Y sabes lo que digo, amigo *Spruchsprecher* ^p que tú y yo hubiéramos hecho á las mil maravillas el papel de reyes, si tal suerte nos hubiera tocado, puesto que los que estamos viendo desempeñan tan acertadamente tu oficio y el mio.

Mientras comentaban los dos amigos la

escena que estaban presenciando, Felipe revistiéndose de magestad y de moderacion: —No somos aquí venidos, dijo, á despertar recientes discordias, en contra del juramento que hemos pronunciado, y de la causa que estamos defendiendo. Debemos separarnos como hermanos, y si alguna rivalidad debe existir entre los leones de Inglaterra y las lises de Francia, sea con el objeto de ver quien hace mas estragos en las filas de los infieles.

— Lo acepto con toda mi alma, respondió Ricardo, tomando la mano á Felipe, y apretándosela con la franqueza de su generosa índole; y plegue á Dios que pronto tengamos ocasion de ver quien mas triunfos logra.

— Participe igualmente el noble archiduque de este amistoso convenio, dijo Felipe, y Leopoldo se acercó á los dos monarcas, como cediendo mas que á su propia voluntad, á los respetos y mediacion del rey de Francia.

— Nada quiero con locos, y nunca me

han gustado las locuras, respondió Ricardo con tono de indiferencia; y el archiduque, incierto del partido mas decoroso que en tan críticas circunstancias podia tomar, se retiró de pronto con los suyos.

Ricardo le siguió con la vista.— Su valor, dijo, es como la luz de la luciérnaga, que solo brilla de noche. Sea como fuere, mi bandera no debe quedar sin custodia, cuando es fácil que la ataque un pérfido enemigo: de dia, las miradas de los leones bastan á defenderla. Tomas de Gilsland, á tí te encargo el honor de Inglaterra.

— Tan caro me es ese honor, respondió el baron, como el mio propio, y mas preciosa que mi vida la vida de Ricardo. Lo que importa ahora es que vuestra magestad, sin mas demora, se restituya á su pabellon.

— Preciso será obedecerte, dijo Ricardo, y echando de ver á sir Kenneth: valiente Escoces, le dijo, me has hecho un importante servicio, y con otro mas importante voy á recompensártelo. Aquí tienes el pendon, que la imprudencia de un borracho ha querido,

aunque en vano, ultrajar. Guárdale esta noche, como el novicio que vela las armas. No te separes de él á distancia de tres lanzas, y defiéndele con tu persona, cualesquiera riesgo ó insulto que le amenace. Si mas de un hombre te acomete, da el grito de alarma. ¿ Consientes en ello ?

— Con toda mi alma, respondió el caballero del Leopardo, y mi cabeza saldrá garante de esa noble prenda que vuestra real dignacion me confia. Estoy sin armadura; voy por ella, y vuelvo aquí al instante.

Los reyes de Francia y de Inglaterra se separaron entonces, ocultando, bajo la máscara de la cortesía, los secretos motivos de resentimiento que animaban á uno contra otro. Ricardo no podia perdonar á Felipe su oficiosa mediacion en favor de Austria, y Felipe no olvidaba el modo irreverente con que esta mediacion habia sido recibida. La turba que el lance habia atraido se retiró en diferentes direcciones, dejando el monte de San Jorge tan solitario como estaba antes del suceso que tanto rumor habia causado. Cada

cual referia el lance á su modo, y le comentaba segun sus opiniones y partido: los Ingleses decian que los Austriacos habian dado el primer motivo de disturbio entre los soberanos de la cruzada, y los soldados de las otras naciones echaban toda la culpa á la insolente altanería y carácter indómito de Corazon de Leon.

— Ya ves, dijo el marques de Monserrate al gran maestre de los templarios, que los medios suaves son mas poderosos y eficaces que los violentos. Está desatado por mi mano el nudo que ligaba ese haz de cetros y de lanzas: verás cuan pronto se vienen todos ellos á tierra.

— Tu plan pudiera haber producido grandes bienes, dijo el templario: faltó un Tudesco intrépido y rencoroso, que hubiera cortado ese nudo de que hablas con el acero: porque desengañate, amigo Conrado, lo que se desata se vuelve á atar; no asi lo que se destroza.